

## LA CORTINA

Soy un chaval de apenas catorce años que vivo con mi familia en un pequeño pueblo, en contacto con la naturaleza y disfrutando de una vida tranquila, sin prisas ni ruidos. Algunos seguro que pensáis que es un sitio donde pasan pocas cosas divertidas, de interés o simplemente dignas de mención. Pero la verdad es que mi día a día es fantástico, tengo mucho tiempo para mí mismo. La lectura e internet me permiten conocer el mundo, saber lo que pasa en la actualidad y lo que sucedió hace ya tiempo. Así que un día me propuse ahorrar para comprar un iPad y escribir las historias que fruto de mi imaginación bullen en mi cabeza como por arte de magia. Con él me siento como esos escritores que han escrito maravillosas páginas con sus plumas, máquinas de escribir u ordenadores más recientemente.

Os voy a confesar que mi sueño es contar historias que lleguen al corazón y te impacten. Historias como *Marina*, *El Príncipe de la Niebla* o *El Palacio de la Medianoche*, de Carlos Ruiz Zafón, mi escritor favorito, que leí de un tirón sin poder parar. Lo que nunca había imaginado es que mi primer relato iba a brotar de mi experiencia, de una vivencia que me ha marcado y que no la voy a poder olvidar, así que he decidido convertirla en mi primer relato importante. Me haría inmensamente feliz, queridos lectores, que estas palabras que surgen de mi corazón os hagan pensar y soñar, como hacen siempre todas las buenas historias. Comencemos.

El pasado fin de semana se presentaba para mí como todos. No parecía muy diferente al resto, o por lo menos eso pensaba yo desconociendo la gran sorpresa que el destino me tenía preparada. Después de comer y antes de quedar con mis amigos, decidí salir a dar una vuelta en bici por no quedarme adormilado después de disfrutar de una riquísima paella. Hice la ruta que había hecho otras mil veces y que seguro haré otras mil más. Pudo ser un despiste o simplemente me deslumbró el sol radiante de esa tarde de primavera. Fue un accidente, como esos que pasan todos los días a miles de personas en todo el mundo y me caí de la bici. Sin ser consciente de lo que había sucedido estaba tirado en el suelo con alguna herida y sintiéndome muy dolorido.

No sabría decir cómo, pero a mi lado una voz dulce y cariñosa me preguntaba qué tal me sentía. No me lo podía creer, era la vecina más rara de todo el pueblo. Una vieja huraña, que no se relacionaba y que había llegado de nadie sabía dónde. Compró la casa más pequeña del pueblo, la última antes de salir del casco urbano. La señora, solícita, me invitó a entrar en su casa. Pasé la verja y entré en un hermoso y cuidado jardín lleno de plantas y flores que, sin saber por qué, me llenaron de paz y disiparon mi malestar. Me abrió la puerta y entramos en una casa sin paredes interiores, tipo loft, donde todo era sencillo y estaba muy limpio, cuidadosamente ordenado, resultando gratamente acogedor. Todo estaba a la vista, menos el baño, que supuse se escondía detrás de la única puerta del cuarto. Muy amable, ella me ofreció un vaso de zumo y unos dulces que no conocía, pero que me daban enormes ganas de comer. Me dijo que me sentase en un bonito sillón porque el golpe podía hacer que me marease, mientras limpiaba y desinfectaba mis heridas. No sé cuánto tiempo pasé allí en esa especie de merienda improvisada. Me imaginaba que estaba en casa de una bruja que me ofrecía su hospitalidad con motivos ocultos y a buen seguro que oscuros, como en el libro *Hansel y Gretel* que tantas veces había leído en mi infancia. He mencionado ya que mi imaginación puede ser algo desbordante.

Andaba yo enfrascado en mis propios pensamientos cuando la amable mujer se acercó a mí con lo que me pareció una tela doblada y me dijo:

—Joven, si ya estás reconfortado me gustaría pedirte un pequeño favor. ¿Puedes ayudarme en una importante labor que tengo que hacer?

—Sí señora—respondí de forma automática.

Entre los dos cogimos la tela, la estiramos y así pude ver que se trataba de la más hermosa tela que yo había visto jamás. Sus dibujos y colores eran únicos, diferentes a todo lo que yo había visto nunca. Era suave y olía como el campo después de llover.

—Vamos a colocar la cortina para que pueda seguir trabajando. He tenido que lavarla después de tantos trajines y estoy tan mayor que veo difícil poderla colocar yo sola—me explicó la anciana.

Si soy sincero, estaba totalmente perplejo pues no sabía dónde quería colocar semejante cortina, si todas las ventanas ya tenían la suya. Nos dirigimos a una de las paredes, que estaba totalmente vacía, sin muebles ni cuadros, pero que en la parte de arriba tenía un riel en el cual yo no me había fijado antes. Supuse que allí colocaríamos la cortina, y así lo hicimos, ayudados también por una pequeña escalera. Una vez concluimos, mi anfitriona dio un paso atrás, yo la imité, miró la cortina, satisfecha y me dijo:

—Ya podemos pasar.

No entendí sus palabras, que me resultaron totalmente carentes de sentido, pues que yo supiese, no era posible atravesar la pared. Hasta que ella apartó la cortina y apareció un larguísimo pasillo escasamente iluminado que no podía imaginar a dónde conducía. Pude observar que a sus lados había puertas que me parecía que podían encerrar misterios y fantásticos tesoros. La mujer comenzó a caminar y se adentró en el pasillo. Ella no dudaba que yo iba detrás, siguiéndola. Era cierto, yo era incapaz de hacer cualquier otra cosa, pues quería saber qué era lo que estaba sucediendo y dónde llevaba ese pasillo que había surgido en la pared detrás de la cortina.

Llegó a la primera puerta. Cuando la abrió pude ver la habitación, que era una gran biblioteca de varios pisos con estanterías llenas de libros cuyo olor inundaba toda la estancia. Unos eran muy, muy antiguos y otros tan nuevos que parecía que acababan de ser impresos. Los había grandes y pequeños. Las tapas eran de todos los colores imaginables. No pude evitar el impulso y cogí uno de ellos que llamó mi atención.

—Lo siento— me disculpe al darme cuenta de que no había pedido permiso para tomarlo.

—No te preocupes—sonrió ella.

Lo observé en mis manos. No tenía título, sólo extraños dibujos dorados que no tenían significado para mí. Lo abrí y vi que estaba en blanco. Allí no había escrita ni una sola palabra, solamente páginas en blanco. Con un gesto la anciana me indicó que cogiese más libros. Todos estaban igualmente en blanco.

—Son todos los libros que pudieron haber escrito mujeres a lo largo de muchos siglos y cuyas historias se han perdido para siempre—me explicó antes de invitarme a salir de nuevo al pasillo.

Abrió la siguiente puerta y entramos en una inmensa nave llena de materiales de construcción, pues pude distinguir ladrillos, tejas, adobe o cemento, entre otros. Todo era nuevo, sin embargo, estaba desordenado, tirado por todos lados y se respiraba un aire de melancolía y desesperanza.

—Están muy tristes, ninguna mujer ideó para ellos hermosos edificios, puentes que crucen ríos, carreteras que lleguen a los rincones de todo el mundo.

Me alegré de salir al pasillo y dejar esa sala. Mi anfitriona siguió con determinación hasta nuestro nuevo destino, un lugar lleno de tronos y coronas nuevos, sin que ninguna reina los hubiese usado, me explicó ella.

—Son pocas mujeres las que han conseguido reinar. Cuando lo hicieron tuvieron que salvar innumerables trabas.

Pensé en Isabel la Católica y asentí con la cabeza, pues entendía lo que me quería decir. Salimos y buscamos otra puerta que nos condujo a un museo cuyas salas estaban llenas de lienzos en blanco.

—Supongo que son los cuadros que alguna mujer no pintó—me atreví a decir—si lo pienso, conozco muchos pintores cuyos cuadros he visto en el Prado y en el Louvre con mi familia, pero tengo que decir que, si me preguntan por pintoras, solo conozco a Frida Kahlo, ninguna otra.

Mi acompañante sonrió satisfecha con mi explicación y me indicó con su mano que continuábamos nuestro recorrido. Abrió puertas y me fue mostrando los mundos que estaban dentro de ellas. Todos tenían un indicador común, hablaban de cosas que las mujeres no habían hecho nunca, o, si las hicieron, fue con una inmensa dificultad, incluso haciéndose pasar por hombres, perdiendo su propia identidad y feminidad.

Dentro de mi realidad y de mi entorno me parecía imposible que una mujer no pueda conseguir aquello que desee o ser lo que quiera solo por ser mujer. Aunque si me paro a pensarlo, es cierto lo que había visto en el mundo que había descubierto detrás de la preciosa cortina esa tarde primaveral, no

hay descubridoras ni exploradoras famosas, ni arquitectas, ni escultoras, ni generalas, ni muchas presidentas de gobierno o de empresas, ni tantas otras cosas que me resulta increíblemente largas de enumerar. La última puerta era la más extraña, pues parecía que estábamos dentro de un caleidoscopio.

—Verás, mi niño, estos son sueños que nunca se han cumplido solo por pertenecer a una mujer.

Yo cada vez me sentía más triste.

—Me resulta muy difícil comprender todas estas cosas. Si pienso en mi madre, mi hermana, o en mis amigas, yo sé que son capaces de hacer todo lo que se proponen, de alcanzar sus sueños y de cumplir sus metas. Hablamos solo de una diferencia biológica, hombres y mujeres al igual que en todas las especies hay machos y hembras. Evidentemente, ninguno tenemos signos de ser menos capaces que otros por pertenecer a un género o al otro. Es ridículo.

La anciana se echó a reír y me dijo que soy un buen orador. Cruzamos la cortina al mismo tiempo que sonaba el timbre. Con una agilidad y soltura encomiables para su edad fue a abrir la puerta de la entrada. Era mi madre quien llamaba, que estaba muy asustada porque le habían dicho que mi bici estaba tirada en el camino. Se había puesto a buscarme inmediatamente y así fue como llamó a la casa para preguntar por mí. Después de saludar educadamente a la señora se abalanzó sobre mí para abrazarme. Me hizo un examen asegurándose de que estuviese entero.

—Mira mamá—le dije emocionado levantando la cortina.

—Hijo, es muy bonita. Pero me has dado un susto enorme. Creo que deberíamos irnos a casa y no causar más molestias.

—Mamá... —callé, al mirar detrás de la cortina solo estaba la pared blanca. Ya no había ningún pasillo.

Cabizbajo seguí a mi madre, que se había despedido de nuestra vecina dándole las gracias por todo, y salimos de la casa. Mientras mi madre colocaba la bici en la furgoneta, la anciana, que no sé cómo había llegado a mi lado, me susurró:

—Respetar y valorar siempre a cualquier mujer como has hecho hoy. Así, las habitaciones serán cada vez más pequeñas, hasta dejar de existir, y yo

podré descansar al fin. Guardaré mi cortina y no tendré que viajar constantemente, mudándome de casa en casa cuando van pasando los años.

—Vamos hijo, date un poco de vida que tu padre está preocupado.

—Pero mamá...—no sé qué iba a decir, no pude contestar a esa extraña señora porque ya había cerrado la puerta del jardín y caminaba hacia su casa.

Estos últimos días he vuelto más veces a la casa, he llamado a su puerta con la esperanza de que la anciana la abriese y me invitase a pasar. Desafortunadamente, no he tenido suerte. Esta tarde, en el jardín, había un cartel de “Se Vende” con un número de teléfono. La imaginé andando por el camino llevando, eso sí, su cortina con ella.

Después de cenar he comenzado a escribir todo lo que sucedió. Realidad o fruto del golpe, lo cierto es que todos los chicos debemos seguir el consejo que me dio la señora. Entre todos, sea cual sea nuestro género, tenemos que vaciar las habitaciones de detrás de la cortina, sacar los libros, los materiales, los cuadros y todo lo demás al mundo exterior, y escribir una historia de la que todas las personas formemos parte plenamente.